

peluqueros y bailarines», y que acabará «por entregar la nación al poder más arbitrario que ha aparecido jamás sobre la tierra, si la monarquía volviese á recobrar en Francia el ascendiente.»

He ahí lo que Burke escribía el año de 1790 en la aurora de nuestra Revolución. Un año después el pueblo de Birmingham iba á destruir las casas de los jacobinos ingleses, y los mineros de Wednesbury salían en cuerpo de sus hulleras para acudir también en socorro «del rey y de la Iglesia». Cruzada contra cruzada, la espantada Inglaterra era tan fanática como la entusiasta Francia. Pitt declaraba que no se podía «tratar con una nación de ateos». Burke decía que la guerra no era entre un pueblo y otro pueblo, sino «entre la propiedad y la fuerza». Por ambas partes subía como un incendio la furia de la invectiva, de la execración y de la destrucción (1). No era aquel un choque de dos gobiernos, sino de dos civilizaciones y de dos doctrinas. Las dos enormes máquinas, lanzadas á toda velocidad y con todo su peso, se encontraban una con otra, no por acaso, sino fatalmente. Toda una edad de literatura y filosofía había amontonado el combustible que encerraban y construido la vía que dirigía su carrera. En medio de ese trueno del choque, entre esos borbotones del vapor abrasador, en medio de esas llamas rojas que silban alrededor de los coques y se arremolinan rugiendo hasta el cielo, un espectador atento descubre aún la especie y la acumulación de fuerza que ha engendrado tal impulso, dislocado tales corazas y sembrado el suelo de semejantes ruinas.

(1) *Letter to a noble lord.—Letters on a regicide peace.*

CAPITULO IV

Addison.

- I.—Addison y Swift en su siglo.—En qué se asemejan y en qué se diferencian.
- II.—El hombre.—Su educación y su cultura.—Sus versos latinos.—Su viaje á Francia y á Italia.—Su *Epistola á lord Halifax*.—Sus *Observaciones sobre Italia*.—Su *Diálogo sobre las medallas*.—Su poema sobre la *Campaña de Blenheim*.—Su dulzura y su bondad.—Sus triunfos y su suerte feliz.
- III.—Su espíritu serio y reflexivo.—Solidez de sus estudios y exactitud de su observación.—Su conocimiento de los hombres y su experiencia en los asuntos.—Nobleza de su carácter y de su conducta.—Elevación de su moral y de su religión.—Cómo contribuyeron su vida y su carácter á la amenidad y utilidad de sus escritos.
- IV.—El moralista.—Todos sus ensayos son morales.—Contra la vida grosera, sensual ó mundana.—Esa moral es práctica, y, por tanto, vulgar é incoherente.—Cómo se apoya en el razonamiento y el cálculo.—Cómo tiene por objeto la satisfacción en este mundo y la felicidad en el otro.—Mezquindad especulativa de su concepción religiosa.—Excelencia práctica de su concepción religiosa.
- V.—El escritor.—Conciliación de la moral y de la elegancia.—Qué estilo conviene á las personas de mundo.—Méritos de ese estilo.—Inconvenientes de ese estilo.—Addison crítico.—Su juicio sobre el *Paraiso perdido*.—Concordancia de su arte y de su crítica.—Límites de la crítica y del arte clásicos.—Lo que falta á la elocuencia de Addison, del inglés y del moralista.
- VI.—La broma grave.—El *humor*.—La imaginación seria y fecunda.—*Sir Roger de Coverley*.—El sentimiento religioso y poético.—*Visión de Mirza*.—Cómo bajo la cultura latina subsiste el fondo germánico.

En esa vasta transformación de los espíritus que ocupa todo el siglo XVIII y da á Inglaterra su asiento

político y moral, aparecen dos hombres superiores en la moral y la política. Los dos son escritores consumados, los más perfectos que se han visto en Inglaterra; los dos son órganos acreditados de un partido; maestros en el arte de persuadir ó convencer; los dos son limitados en la filosofía y en el arte, incapaces de considerar los sentimientos de una manera desinteresada, atentos siempre á ver en las cosas motivos de aprobación ó de censura. En lo demás son tan diferentes que contrastan: el uno feliz, benévolo, amado; el otro aborrecido, rencoroso y el más infortunado de los hombres; el uno partidario de la libertad y de las nobles esperanzas del hombre, el otro abogado del partido retrógrado y encarnizado detractor de la naturaleza humana; el uno mesurado, delicado, modelo de las mejores cualidades inglesas, perfeccionadas por la cultura continental; el otro desenfrenado y terrible, ejemplo de los más violentos instintos ingleses, desplegados sin límite ni regla. Para penetrar en las entrañas de esa civilización y de ese pueblo, no hay mejor medio que detenerse con insistencia en Swift y en Addison.

I

«Después de pasar una velada con Addison—dice Steele—he reflexionado muchas veces que había tenido el placer de hablar con un próximo pariente de Terencio ó de Cátulo, con un espíritu adornado de iguales prendas, y por encima de una inventiva y de una amenidad tan exquisitas y deliciosas como jamás se vieron.» Y Pope, rival de Addison, añadía: «Su con-

versación tiene mayor encanto que cuanto he visto en ningún hombre.» Estas palabras expresan todo el talento de Addison; sus escritos son conversaciones, dechados de la urbanidad y del recto sentido inglés; casi todas las particularidades de su carácter y de su vida contribuyeron á fomentar esa urbanidad y esa rectitud de sentido.

A los diez y siete años le vemos en la universidad de Oxford, estudioso y tranquilo, aficionado á los paseos solitarios por las calles de olmos y las bellas praderas de las orillas del Cherwell. Entre los abrojos de la educación escolar escoge la flor única que encierran: la versificación latina; flor muy marchita sin duda, pero que, comparada con la erudición, con la teología, con la lógica del tiempo, es todavía una flor. Celebra en estrofas ó en exámetros la paz de Ryswick ó el sistema del doctor Burnet; compone poemitas ingeniosos sobre los títeres, sobre la guerra de los pigmeos y de las grullas; aprende á alabar y á bromear en latín, es cierto; pero con tanto éxito, que sus versos le recomiendan á los favores de los ministros y llegan hasta Boileau.

Al mismo tiempo se penetra de los poetas romanos; hasta los más afectados, hasta Claudiano y Prudencio, se los sabe de memoria; dentro de poco, en Italia, van á llover citas de su pluma; su memoria está atestada de versos latinos. Se ve que tiene pasión por ellos, que los mide con voluptuosidad, que le arrebatan una bella cesura, que todas las delicadezas le impresionan, que no se le escapa ningún matiz de arte ó de emoción, que su tacto literario se ha refinado y preparado para saborear todas las bellezas del pensamiento y de las expresiones. La excesiva persistencia de esa inclinación es un signo de pequeñez de espíritu, lo confieso;

no se debe pasar tanto tiempo en zurcir centones; Addison hubiese hecho mejor en ensanchar sus conocimientos, en estudiar los prosistas romanos, las letras griegas, la antigüedad cristiana, la Italia moderna, que apenas conoce. Pero, con esa cultura limitada, lo que pierde en energía lo gana en delicadeza. Ha formado su arte no estudiando más que los monumentos de la urbanidad latina; se ha aficionado á las elegancias y finuras, á los triunfos y artificios del estilo; se ha hecho reflexivo, correcto, capaz de saber y de perfeccionar su propia lengua. En las reminiscencias calculadas, en las alusiones felices, en el espíritu discreto de sus poemitas, encuentro de antemano varios caracteres del *Spectator*.

Al salir de la Universidad viajó largo tiempo por los dos países más cultos del mundo, Francia é Italia. Vió en París, en la embajada de su patria, aquella correcta y brillante sociedad que dió el tono á Europa; visitó á Boileau y á Malebranche; contempló con una curiosidad un poco maliciosa las reverencias de las damas acicaladas y afectadas de Versalles, la gracia y las finuras casi insípidas de los caballeros decidores y bailarines. Se divirtió con nuestras formas ceremoniosas, y observó que, entre nosotros, un sastre y un zapatero, al verse, se felicitaban de tener el honor de saludarse. En Italia admiró las obras de arte y las ensalzó en una epístola (1) muy bien escrita, aunque con un entusiasmo un poco frío. Como se ve, tuvo la cultura fina que se da hoy á los jóvenes de la mejor sociedad. Y no fueron diversiones de bodeques ni peripecias de posada los temas que le ocuparon. Sus queridos poetas latinos le seguían por todas partes;

(1) A Lord Halifax, 1701.

los habla vuelto á leer antes de partir; recitaba sus versos en los lugares de que hacen mención.

«Debo confesar—dice—que uno de los principales atractivos que he encontrado en mi viaje, ha sido examinar esas diversas descripciones sobre el terreno, como quien dice, y comparar el aspecto natural del país con las pinturas que han hecho de él los poetas.»

Son los placeres de un sibarita en literatura; nada más literario y menos pedante que el relato que escribió á su regreso (1). A muy poco esa curiosidad refinada y delicada le condujo á las medallas.

«Hay un parentesco—dice—entre ellas y la poesía», porque sirven para comentar los antiguos autores; tal efigie de las Gracias hace visible un verso de Horacio. Y con este motivo escribió un diálogo muy agradable entre personajes de buena educación, «versados en las partes más cultas del saber, y que habían viajado por las comarcas más civilizadas de Europa». Puso la escena á orillas del Támesis, «entre las frescas brisas que se elevan del río y la grata mezcla de umbrías y de fuentes en que el país abunda»; después, con moderada y suave fruición, se burló de los pedantes que se pasan la vida disertando sobre el calzado ó la toga romana, pero indicó, como hombre de gusto y de talento, los servicios que las medallas pueden prestar á la historia y á las bellas artes. ¿Hubo jamás mejor educación para un literato hombre de mundo? Tiempo hacía que Addison caminaba hacia la poesía de sociedad, hacia los versos correctos de encargo y de cumplido. En toda sociedad culta se busca el ornato del pensamiento, se le quiere ver con raros y brillantes atavíos que le distinguen de los pensamientos vulga-

(1) *Observaciones sobre Italia.*

res; y para eso se le impone la rima, la medida, la noble expresión; se le forma un almacén de términos selectos, de metáforas é imágenes convenidas, que son como un guardarropa aristocrático con que debe engalanarse. En tal sociedad, las personas de ingenio tienen que hacer versos, y en cierto estilo, como las demás, tienen que lucir encajes con arreglo á patrón. Addison vistió ese traje, y le llevó con corrección y desenvoltura, pasando sin dificultad de un hábito á otro semejante y de los versos latinos á los versos ingleses.

Su principal composición, la *Campaña* (1), es un modelo excelente de estilo convencional y clásico. Cada verso es completo, acabado en sí mismo, y encierra una antítesis hábil, un buen epíteto ó una figura abreviada. Los países reciben allí su nombre noble: Italia se llama Ausonia, el Mar Negro se llama el Mar Escético; hay montañas de muertos y un fragor de elocuencia á estilo de Luciano; hay «juegos de destreza oratoria á imitación de Ovidio; los cañones se designan con perífrasis poéticas, como más tarde en Delille. El poema es una apología oficial y decorativa, análoga á la que Voltaire aderezó más tarde sobre la victoria de Fontenoy. Addison hizo más aún: compuso una ópera, una comedia y una tragedia muy admirada sobre la muerte de Catón. Esos ejercicios fueron en el siglo pasado un título de competencia en el buen estilo y de ingreso en la buena sociedad. En tiempo de Voltaire, un joven, al salir del colegio, debía hacer su tragedia, como hoy debe escribir un artículo de economía política; entonces debía de probar que podía hablar con las damas, como hoy debe pro-

(1) Sobre la victoria de Blenheim.

bar que puede discurrir con los hombres; aprendía el arte de distraer, de interesar, de hablar de amor; salía así de los estudios áridos ó especiales; sabía elegir entre los hechos y los pensamientos los que podían agradar ó impresionar; era capaz de dejar bien puesto el pabellón en los círculos distinguidos, de ser á veces agradable, de no ser nunca enojoso.

Tal es la cultura que han dado á Addison esas obras; poco importa que sean mediocres. Ha manejado en ellas las pasiones y lo cómico; ha encontrado en su ópera algunas pinturas vivas y risueñas, en su tragedia algunos acentos tiernos ó nobles; ha salido del razonamiento y de la disertación pura; ha adquirido el arte de hacer sensible la moral y palpable la verdad, ha sabido dar una fisonomía á las ideas, y una fisonomía simpática. Así se ha formado el cumplido escritor merced al influjo de la urbanidad antigua y moderna, nacional y extranjera, merced al espectáculo de la, bellas artes, al trato de gentes y al estudio del estilos merced á la elección continua y delicada de todo lo agradable que existe en las cosas y en los hombres, en la vida y en el arte.

Su cortesía recibió de su carácter un sello y un encanto singular. No era exterior, puramente convencional y artificiosa; nacía del fondo mismo. Era dulce y bueno, de una sensibilidad delicada, tímido hasta el punto de permanecer mudo y parecer corto delante de mucha gente ó de personas extrañas: no desplegaba su espontaneidad más que con amigos íntimos, y aun decía que no se puede hablar bien más que entre dos. No podía sufrir la discusión agria; cuando el adversario era intratable, hacía como estaba de acuerdo con él, y, por todo castigo, le sepultaba en su imbecilidad. Evitaba las contiendas políticas; invitado á

abordarlas en su *Spectator*, se encerraba en las materias inofensivas y generales, que pueden interesar á todo el mundo sin contrariar á nadie.

Hubiese padecido haciendo padecer á otros. Aunque whig acérrimo y muy fiel, siempre fué moderado en la polémica, y en un tiempo en que los vencedores tiraban á matar ó arruinar legalmente á los vencidos, él se limitó á poner de manifiesto las faltas de lógica en que incurrian los tories y á burlarse cortesmente de sus prejuicios. En Dublín fué el primero en ir á estrechar la mano de Swift, su gran adversario caído. Insultado acremente por Dennis y por Pope, se negó á emplear contra ellos su crédito ni su talento, y elogió á Pope hasta el fin. Nada más interesante, cuando se ha leído su vida, que su *Ensayo sobre la bondad*; se ve que, sin darse cuenta de ello, habla de sí propio. «Los más grandes espíritus que he encontrado (dice) eran hombres eminentes por su humanidad. No hay sociedad ni trato que pueda subsistir en el mundo sin bondad ó alguna otra cosa que se la parezca y haga sus veces; por eso los hombres se han visto obligados á inventar una especie de benevolencia, que es lo que designamos con la palabra urbanidad». Acaba aquí de explicar involuntariamente su atractivo y sus éxitos. Algunas líneas después añade: «La bondad nace con nosotros; pero la salud, la prosperidad y los buenos tratamientos que recibimos del mundo contribuyen mucho á fomentarla».

También aquí se desvela á sí mismo: fué muy afortunado, y su ventura se difundió alrededor de él en sentimientos afectuosos, en deferencias constantes, en alegría serena. Desde el colegio es célebre; sus versos latinos le valen una plaza de *fellow* en Oxford; pasa allí diez años entre distracciones graves y estudios que

le agradan. A los veintidós años, Dryden, el príncipe de la literatura, le elogia magníficamente. Al salir de Oxford, los ministros le conceden una pensión de trescientas guineas para terminar su educación y prepararle al servicio del público. A la vuelta de sus viajes, su poema sobre Blenheim le coloca en la primera fila de los whigs. Se hace secretario en jefe del gobierno de Irlanda, subsecretario de Estado, ministro. Los odios de los partidos no le alcanzan; en medio de la derrota universal de los whigs, es reelegido para el Parlamento; en medio de la guerra furiosa de los whigs y de los tories, whigs y tories se reúnen para aplaudir su tragedia de *Catón*; los más crueles libelistas le respetan; su honradez y su talento parecen elevados por acuerdo unánime sobre el campo de las disputas. Vive, ejemplar y útilmente, en medio de la abundancia, de la actividad y de los honores, entre las admiraciones asiduas y los afectos constantes de amigos sabios y distinguidos que nunca se cansan de su conversación, entre los aplausos de todos los hombres virtuosos y de todos los espíritus cultos de Inglaterra.

Si dos veces la caída de su partido parece comprometer su fortuna, él, no obstante, merced á su reflexión y sangre fría, sin gran trabajo, se mantiene firme y sereno, preparado á todas las eventualidades, bien avenido con los hombres sin abdicar de sus ideas, respetuoso con los grandes sin rebajarse, exento de rebeldía secreta y de sufrimiento interior. Esas son las fuentes de su talento. ¿Las hay más puras y hermosas? ¿Hay algo más atractivo que la cortesía y la elegancia de la alta sociedad sin las ficciones y las mentiras obsequiosas de la alta sociedad? ¿Y buscaréis conversación más amable que la de un hombre feliz